

los más grandes teólogos españoles, y no hay duda que estaba en lo cierto al combatir el principio pagano de la esclavitud natural, aunque en otras cosas meramente políticas y humanas tuviese más razón Sepúlveda y demostrase más talento filosófico que él. Pero las distinciones que Fr. Bartolomé de Las Casas no hacía nunca, hicieronlas después sus hermanos de hábito Francisco de Victoria y Domingo de Soto, no menos que el insigne jesuita José de Acosta, llegando á una doctrina verdaderamente racional y cristiana, que dejaba á salvo la libertad natural de los indios y aun su libertad política, sin negar por eso los legítimos títulos de la navegación, del comercio, de la propaganda civilizadora y hasta de la guerra, que, siendo justa, no es más que una realización del derecho.

Error sería juzgar por los escritos apologéticos de Las Casas, únicos que hasta nuestros días han corrido impresos, del valor de la *Historia general de Indias*, que él dejó manuscrita en el colegio de San Gregorio de Valladolid, con encargo de que no se publicase sino cuarenta años por lo menos después de su muerte: encargo tan escrupulosamente cumplido, que no sólo cuarenta años, sino más de trescientos

han corrido hasta que aquellos tres enormes volúmenes han encontrado lugar en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (tomo LXII á LXVI). Esta obra, tal como la tenemos, abarca mucho menos espacio que la de Oviedo, puesto que termina en 1520; pero, salvo las declamaciones inseparables del estilo y condición de su autor, y salvo también el ser un libro de tesis, lo cual de ningún modo se oculta ni disimula, merece mucho más crédito en lo tocante á la vida de Colón y á los primeros descubrimientos, porque el obispo de Chiapa tuvo la fortuna de beber en las mejores fuentes, como quien tuvo á su disposición gran número de papeles del Almirante mismo, de su hermano el Adelantado D. Bartolomé Colón y de su hijo D. Fernando, sin duda cuando los libros de éste se hallaban todavía depositados en San Pablo de Sevilla. Va fundada, pues, la mayor parte de su narrativa en documentos originales, copiados unos á la letra y extractados otros, entre ellos el Diario del primer viaje, la relación del tercero, y un libro muy semejante, ya que no idéntico, al que con nombre de D. Fernando Colón se imprimió luego en Venecia. Domina en Fr. Bartolomé un espíritu más benévolo y generoso con el Almirante y

sus hermanos, que el que comunmente aplicaba á los conquistadores; pero no deja de hacerlos responsables del origen de muchas calamidades que luego sobrevinieron, mostrando en todo esto más imparcialidad que de costumbre, sin duda porque esta vez la ardiente admiración por el grande hombre triunfó de la antipatía con que miraba Fr. Bartolomé toda conquista, y casi casi el descubrimiento mismo de las nuevas tierras occidentales, como primera ocasión de los crímenes en ellas perpetrados.

Es, pues, la historia de Las Casas la más exacta y puntual de todas las antiguas en lo tocante á la vida de Colón, si bien dista mucho de ser un monumento literario, porque fray Bartolomé escribía tan mal ó peor que Oviedo, sin el desenfado soldadesco y bizarro de éste, y, al contrario, con todo el aparato de una erudición pedantesca, unida al mayor desaliño, á la prolijidad más fastidiosa, y á un latinismo revesado, que recuerda el de los malos prosistas del siglo xv, en que él se educó, y de cuyos resabios, acrecentados por el mal gusto de la palestra escolástica, no llegó á desprenderse nunca, á pesar de que su larguísima vida de noventa años le permitió ser espectador de la total renovación de los estudios y del gusto li-

terario en el siglo xvi. Pero á todo permaneció extraño, preocupado con aquella idea fija de la cual fué servidor y apóstol caluroso y convencido, ya que no elocuente. Sus libros ganaron mucho al pasar por manos del cronista Antonio de Herrera, que los explotó muchas veces á la letra y con poca conciencia, pero mejorándolos siempre en cuanto al estilo, y purgándolos de digresiones, latinajos é invectivas. Tal servicio hubiera sido más de agradecer si Herrera hubiese reconocido con toda sinceridad cuál era la verdadera fuente de sus noticias.

Apenas merece lugar entre los cronistas de Indias el grande adversario de Las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda, tan insigne y memorable en otros ramos de literatura; ni trae novedad alguna lo que muy sumariamente escribió de Colón en el libro primero de los siete que compuso *De rebus Hispanorum gestis ad Novum Orbem*, los cuales permanecieron inéditos hasta 1780, en que los dió á luz la Real Academia de la Historia, en el tomo III de las *Obras* de su autor. Sepúlveda no hizo más que compendiar en buen latín lo que había escrito Oviedo. Su vocación no era la de historiador, ni sus estudios de toda la vida le llevaban por tal camino, y además cuando hizo esta suma

de las cosas de América estaba viejo, desmemoriado y flojo, lo cual se trasluce en el estilo mismo, que, con ser bueno, porque Sepúlveda no podía escribir mal, no es de lo mejor suyo, y resulta por todo extremo inferior al de sus tratados filosóficos, en que arrebató la palma á todos los *peripatéticos clásicos* de Italia, así como en la pureza, número y elegancia de la dicción latina rayó tan alto como los más pulcros y refinados ciceronianos.

Literato de cultura clásica como Sepúlveda, y excelente escritor en lengua vulgar, fué el capellán de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara, hombre, además, de ingenio agudo, de espíritu un tanto escéptico y mordaz, y de no vulgares conocimientos astronómicos y geográficos. Con estas dotes compuso su libro de la *Hispania Victrix ó Historia general de las Indias* (1552), á la cual sirve de segunda parte la *Conquista de Méjico*. Para esta tuvo buenas noticias, derivadas del propio Hernán Cortés, á cuya glorificación consagró su pluma, no sin algún detrimento de la fama debida á sus compañeros, suscitando con esto las quejas y reclamaciones de Bernal Díaz del Castillo, que de resultas escribió su *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España*, más verí-

dica, sin duda, aunque menos literaria que la de Gómara, y no exenta de un género de parcialidad contrario al que en éste censura. Por lo tocante á los primeros descubrimientos, Oviedo fué su principal fondo, con lo cual dicho se está que no añade nada nuevo, salvo tradiciones y rumores vulgares, de origen obscuro y de poco fundamento, dando, v. gr., por historia averiguada el cuento del piloto que murió en casa de Colón y le dejó sus papeles. Pero lo que llama la atención en el libro de Gómara no es tanto lo que cuenta y expone, cuanto la manera de contar y exponer, que es enteramente moderna, así por el orden, amenidad y lucidez, cuanto por la sencillez elegante, la concisión sin obscuridad y un modo maligno y rápido de presentar las cosas, que recuerda más de una vez la causticidad nerviosa de los breves capítulos del *Ensayo* de Voltaire *sobre las costumbres de las naciones*. Literariamente es Gómara uno de los mejores historiadores que tuvimos, y nada le faltaría para la perfección si hubiese sido tan cuidadoso de la verdad histórica como lo fué de hacer alarde de su limpia dicción y picantes agudezas.

Aquí se coloca por la fecha de su publicación un libro de origen algo obscuro y problemático,

y que para unos es piedra angular de la historia del Nuevo Mundo, mientras que otros le desdennan como una torpe falsificación. Bien se entiende que aludimos á las *Historie del Signore D. Fernando Colombo; nelle quali s' ha particolare, e vera relatione della vita è de' fatti dell' Ammiraglio D. Cristoforo Colombo suo padre...*, nuovamente di lingua spagnola tradotte nell' Italiana dal Sign. Alfonso Ulloa, por primera vez impresas en Venecia, en 1571, treinta y dos años después de la muerte de su autor presunto. El original castellano no parece, y cuando á principios del siglo pasado el consejero de Indias González Barcia quiso incluirla en su colección de *Historiadores primitivos de Indias*, tuvo que retraducirla, por cierto con poca fortuna, que todavía ha empeorado en una reimpresión novísima.

Las *Historias* de D. Fernando pasaban sin contradicción por documento original y fidedigno (salvo algunos escrúpulos de D. Bartolomé Gallardo) hasta que el autor de la *Biblioteca Americana Vetustissima*, en un libro publicado en 1871 por la Sociedad de Bibliófilos de Sevilla, no solamente insinuó graves dudas, sino que llegó á aventurar la especie de ser la obra entera una superchería. No eran leves á

la verdad los fundamentos en que HARRISSE apoyaba su inaudita paradoja. Don Fernando Colón, el patriarca de los bibliófilos modernos, tan cuidadoso de sus propios libros y de los ajenos, no consigna ni en los *Registros* ni en los *Abecedarios* de su biblioteca semejante manuscrito, al paso que hace memoria de otros debidos á su ingenio, y al parecer menos importantes por sus asuntos, tales como un cancionero de sus versos (*ryhmi et cantilenae manu et hispanico sermone scripti*) y el titulado *Colón de Concordia*. Por el contrario, se encuentra en más de uno de estos catálogos la designación de una vida de Cristóbal Colón escrita por el maestro Hernán Pérez de Oliva (1), de la cual ninguna noticia parece haber logrado su sobrino Ambrosio de Morales; y ¿quién sabe si sería la misma que puso en italiano el traductor ambidextro Alfonso de Ulloa, que ya había llevado á la misma lengua el *Diálogo de la Dignidad del Hombre* del propio Hernán Pérez de Oliva? Por otra par-

(1) *Ferdinandi Perez de Oliva tractatus manu et hispano sermone scriptus de vita et gestis D. Christophori Colon primi Indiarum Almirantis aris Oceani dominatoris.* (Registrum B.)

te, el D. Fernando que se dice autor de las *Historie* empieza por no saber á punto fijo dónde nació su padre, y apunta hasta cinco opiniones: cuenta sobre su llegada á Portugal fábulas anacrónicas é imposibles, y finalmente hasta manifiesta ignorar el sitio donde yacen sus restos, puesto que los da por enterrados en la Iglesia Mayor de Sevilla, donde no estuvieron jamás.

Todos estos argumentos, unidos al silencio de los contemporáneos y aun de los mismos familiares de D. Fernando, parecían de gran fuerza; pero de pronto vino á quitársela el conocimiento pleno de la *Historia general de las Indias* de Fr. Bartolomé de las Casas, donde no sólo se encuentran capítulos sustancialmente idénticos á los de las *Historie* (coincidencia que en rigor nada probaría sino la existencia de un texto anterior, fuese del maestro Oliva ó de cualquier otro), sino que se invoca explícitamente el testimonio de *D. Fernando Colón en su Historia* para cosas que realmente constan con las mismas palabras en el libro publicado por Alfonso de Ulloa. No hay duda, pues, que Fr. Bartolomé de las Casas disfrutó un manuscrito de la biografía de Cristóbal Colón por su hijo, muy seme-

jante, si no idéntica, á la que hoy conocemos, dejados aparte los errores materiales del traductor Ulloa y del tipógrafo italiano, y quizá también algunas desacertadas enmiendas, adiciones y supresiones, que hubo de permitirse Ulloa, ó D. Luis Colón, ó alguna de las varias personas por cuyas manos corrió este desventurado manuscrito. El mismo HARRISSE, que no llevó la mejor parte en sus controversias sobre este punto con D'Avezac, Peragallo y otros, ha modificado mucho sus conclusiones en esta parte, y hoy no niega la existencia de una antigua historia de Colón atribuída á don Fernando, y cuyo autor habla como testigo presencial del cuarto viaje.

Pero esta *Historia* ha llegado á nosotros en tal estado de corrupción, que es muy difícil sacar fruto de ella sin someterla antes á un examen riguroso de fechas y nombres, y hacer de ella una edición crítica, lo cual sería sin duda más valioso servicio que el que pueden prestar tantas polémicas verbosas y apasionadas. Que sea de D. Fernando ó de Hernán Pérez de Oliva, ó de cualquier otro, nada importa para el valor de casi todo lo que en ella se contiene, puesto que está sustancialmente conforme con los diarios, cartas y otros escritos

del Almirante que por fortuna poseemos, y que el autor, quien quiera que fuese (¿y quién más abonado que su hijo?), tuvo á su disposición y extractó y aprovechó, como antes y después de él lo hicieron otros muchos. Pero la duda empieza en aquellas cosas que ningún biógrafo anterior consigna, y que sobre la fe de D. Fernando Colón vienen admitiéndose, así en lo tocante á los primeros años de D. Cristóbal, en que el biógrafo controvertido parece haber estado tan á obscuras como nosotros ó más; cuanto en lo tocante á las relaciones de Colón con el Gobierno de Castilla, en que se hace eco de una tradición, que pudiéramos decir *de familia*, manifestamente hostil al Rey Católico. Con este libro comenzó á formarse lo que ahora llaman la *leyenda colombina*, y por eso es el principal baluarte de los que la defienden, así como el principal blanco de los tiros de los que la atacan. Notorio es, sin embargo, que la tal leyenda ha sido pródigamente enriquecida por la imaginación de los panegiristas posteriores; y así no hay rastro, por ejemplo, en el libro de D. Fernando, del supuesto matrimonio clandestino del Almirante con Beatriz Enríquez, cosa que de cierto no habría omitido, si buenamente hubiera po-

dido prestar tan importante servicio á la memoria de su pobre madre.

Con la tardía publicación de estas *Historie* se cierra propiamente el período *vetustísimo* ó primitivo de la bibliografía colombina. En adelante no encontramos más que ficciones poéticas, como las de Juan de Castellanos en sus *Elegías de varones Ilustres de Indias* (1589), ó repeticiones más ó menos disimuladas de las antiguas crónicas, sobre todo cuando éstas eran inéditas. Antonio de Herrera Tordesillas, que tuvo á la vista grandísima copia de documentos originales, hubiera podido y debido hacer más de lo que hizo; pero en vez de seguir el ejemplo de los Zuritas y Morales, buscó senda más breve y apacible, y se redujo, á ejemplo de Mariana, á poner en orden y estilo lo que otros habían ya consignado por escrito. Fr. Bartolomé de las Casas y Pedro Cieza de León fueron sus principales tributarios, y de uno y otro tomó libros enteros, con leve diferencia de palabras. Quien haya leído la *Historia de Indias* del obispo de Chiapa y la *vida del Almirante* atribuída á D. Fernando Colón, poca ó ninguna novedad encontrará en las primeras *Décadas de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, que Herrera di-

vulgó por la prensa en 1601. Es cierto, sin embargo, que, como hombre de discreción y gran juicio, mejoró casi siempre los originales de que tan libremente se servía, mereciendo con ello la loa de compilador metódico y elegante, fácil y agradable de leer siempre, útil hoy mismo, y utilísimo cuando se desconocían los documentos originales.

II.

En Herrera se aprendió la historia de Indias, durante los siglos xvii y xviii, así en España como fuera de ella, y apenas tuvieron otro texto para la parte *positiva* de sus obras los escritores de la escuela enciclopédica, que, por lo demás, repitieron y exageraron con empalagosa filantropía los tópicos predilectos de Fr. Bartolomé de las Casas. Un libro ruidosísimo entonces, y hoy de nadie leído, la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias* (1771), obra que lleva el nombre del abate Raynal, pero en la cual parecen haber colaborado varios amigos suyos, tales como Diderot y el Barón D'Hol-

bach, puede considerarse como el resumen enfático y pedantesco de toda esta literatura de indios y negros *sensibles*, que tuvo en el teatro y en la novela manifestaciones tan soporíferas como la *Alcira* de Voltaire y *Los Incas* de Marmontel. Proscrita la obra de Raynal por el Parlamento de París y por la Inquisición española, logró aquella boga transitoria que fácilmente obtienen las cosas prohibidas, y aun en España encontró apasionados, uno de los cuales, el Duque de Almodóvar, nuestro embajador en Londres, llegó hasta ponerla en lengua castellana con algunas enmiendas y supresiones, encaminadas á desarmar la vigilancia de la censura (1).

Sería grave injusticia confundir el nombre respetable de Robertson con el de tan fanático y frenético declamador como el Abate Raynal. Claro es que los españoles no podíamos esperar imparcialidad perfecta de un escocés y ministro

(1) *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*. Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1784. El traductor se ocultó con el anagrama de *Eduardo Malo de Luque*. Sólo se publicaron los cinco primeros tomos, relativos á la India Oriental. La parte de América no llegó á ver la luz pública, por haber fallecido el Duque en 1791.

de la Iglesia presbiteriana; pero el candor y sinceridad del Dr. Robertson, la moderación de su ánimo y el templado criterio que siempre ha distinguido á la escuela de Edimburgo, respaldados en su *Historia de América* y en la de *Carlos V*, no menos que la modesta elegancia del estilo, y la información vasta, y bebida por lo general en las mejores fuentes impresas, puesto que no habiendo salido de su país, apenas tuvo acceso á otro género de papeles. No es historiador tan grande como en su tiempo le creyeron: Hume le aventaja en talento político: Gibbon en erudición profunda y segura: Voltaire en rapidez de comprensión y en gracia narrativa. Pero es historiador honrado y sincero, á diferencia de Hume, que es un partidario de partido, y de Voltaire y Gibbon, que son sectarios anticristianos. La *History of the Discovery and settlement of America* (1777) es un compendio nutrido y bien hecho, cuyo plan hoy mismo merecería alabanza y podría adaptarse á los estudios nuevos. De las fuentes conocidas hasta su tiempo no se le ocultó ninguna importante: lo que dice de Colón está fundado en los testimonios de su hijo, de Oviedo, de Pedro Mártir Anglería, de Gómara y de Fray Bartolomé de las Casas visto á través de Anto-

nio de Herrera. Disfrutó además una copia manuscrita de la Crónica del Cura de los Palacios. De todo ello resultó un relato, no tan animado y brillante como hoy quisiéramos y parece que la materia exigía, sino clásicamente correcto y algo frío, con aquella falta de comprensión del paisaje y del accidente pintoresco, que deja, por decirlo así, *sin ambiente* las mejores historias del siglo pasado.

El libro de Robertson, cuya reputación fué inmensa y en parte merecida, sirvió de base á todas las biografías de Colón que en diversas lenguas se publicaron desde fines del siglo pasado, con intentos de vulgarización popular, mereciendo entre todas ellas la palma la que compuso para lectura en las escuelas elementales el benemérito institutor alemán Campe, anovelando á gusto de los niños la historia ya tan novelesca del descubrimiento, en el género y estilo de su *Nuevo Robinsón*, que tan lindamente tradujo nuestro D. Tomás de Iriarte. Uno y otro libro deben contarse entre los mejores de la difícilísima literatura infantil, y de su popularidad nunca menguada dan testimonio innumerables ediciones en todas las lenguas de Europa hasta el día presente.

En España, donde las ideas del siglo XVIII

contaban gran número de partidarios, más ó menos resueltos, entre los literatos y en las clases aristocráticas; la obra de Robertson, inspirada en sentimientos de humanidad y tolerancia manifestados libremente, pero con notable templanza de expresión y con sentido cristiano más bien que enciclopedista (á lo cual se añadía el estar casi inmune de aquellas atroces injurias contra el nombre español, que eran la principal salsa de la retórica del abate Raynal, sólo comparable en esto con los modernos Buckle y Draper), no podía menos de obtener la acogida más lisonjera. La Inquisición, que ya no era entonces más que sombra de sí misma, la puso en el Índice por mera fórmula; pero esto no fué más que un nuevo incentivo para que se leyera: y en cambio la Academia de la Historia, donde era entonces omnipotente la influencia de su Director Campomanes, envió á Robertson, con las más honoríficas expresiones, el título de socio correspondiente; le felicitó por sus desvelos en pro de nuestra historia nacional, y, si hemos de creer á los biógrafos de Robertson, encargó á uno de sus miembros la traducción de la obra, corrigiéndola y adicionándola en todo lo que fuera menester.

Tal proyecto no llegó á realizarse, pero fué

sustituido con otro de mucha mayor utilidad, y más honroso para España. Por real cédula de 17 de Junio de 1779, dos años, como se ve, después de la aparición del libro de Robertson, confió el gobierno de Carlos III á D. Juan Bautista Muñoz (no sin recia oposición de la Academia de la Historia, que quiso hacer valer su privilegio eminente de cronista de Indias) el encargo de escribir una Historia del Nuevo Mundo, para lo cual se le abrieron de par en par las puertas de todos los archivos, dándole extraordinarias facilidades y cuantiosos auxilios para llevar á término tan colosal empresa. Grande debía de ser el crédito literario de Muñoz y muchos y muy poderosos sus valedores cuando pudo obtener un género de protección tan eficaz y desusado, puesto que, á pesar de su título oficial de cosmógrafo de Indias, los pocos escritos que hasta entonces había publicado, aunque notables en su género, trataban de asuntos mil leguas apartados de la historia de América y aun de toda historia, y más que de entendido en cosmografía y en náutica, le acreditaban de elegantísimo humanista y de partidario vehemente de la reforma de los estudios conforme al método y tendencia de lo que entonces se llamaba *filosofía eléctrica*, la cual

tenía en la Universidad de Valencia, de donde él procedía, sus más aventajados expositores y secuaces desde los tiempos del P. Tosca y del médico Piquer. Era, pues, conocido el nuevo cosmógrafo por obras tan ajenas de su profesión como sus controversias teológicas con el Padre Pozzi, sus prefacios á las obras latinas de Fray Luis de Granada, y sus oraciones contra el peripatetismo degenerado de los escolásticos y sobre la recta aplicación de la moderna filosofía á las disciplinas teológicas; todo lo cual prometía un continuador de la obra crítica de Vives y de Melchor Cano, más bien que un explorador de los archivos del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación. Pero era Muñoz (á quien todavía no se ha hecho bastante justicia) uno de aquellos hombres de superior entendimiento que, guiados por altos principios de crítica general, saben aplicarlos oportunamente á cualquier materia que traten, y salir airosos de ella, aunque no haya sido objeto principal de sus estudios. Bien le conocían los que le dieron el encargo. No sabemos si antes se había despertado en él la vocación histórica; pero sabemos que fué historiador desde el punto y hora en que quiso serlo. Comenzó por aplicar á las investigaciones históricas el sistema de la

duda metódica, que en filosofía profesaba, y sin desdeñar las crónicas, no les dió más valor que el secundario y relativo que pueden tener cuando existen en tanta copia los documentos originales. Pero de Muñoz y de sus tareas como colector, y de los méritos del único volumen publicado de su *Historia del Nuevo Mundo* (1793) (1) ya hemos escrito antes de ahora, y no queremos repetirnos. Ese volumen, que termina con los preparativos de la misión de Bobadilla, es sin disputa el mejor trozo de prosa castellana de aquel tiempo, á excepción de algunos escritos de Jovellanos. Como obra histórica, tiene el inconveniente, no sólo de estar muy incompleta, sino de carecer de todo género de documentos y notas justificativas; no porque el autor pretendiera ser creído bajo su palabra, sino porque reservaba sus pruebas para el fin del segundo tomo, que afortunadamente existe, á lo menos en su mayor parte, y que bien merecía ser publicado por sus méritos de estilo, pues aunque su contenido no ofrezca novedad después de las colecciones de Navarrete, siempre completará la biografía más clásica y mejor escrita que en castellano

(1) Reimpreso en Hamburgo por C. Muller en 1793.

tenemos del Almirante. Yo, por mi parte, no la cambiaría por ninguna de las extranjeras, aunque reconozco de buen grado que Muñoz procede demasiado rápidamente y exige mucha atención para ser bien comprendido: que en la introducción ó libro primero, que contiene el resumen de la antigua geografía, de los primeros viajes y del aspecto general del continente americano, con algunas consideraciones sobre la influencia de aquel descubrimiento en la historia del mundo, sigue demasiado servilmente las huellas de Robertson, y hubiera podido ser menos superficial sin detrimento de la elegancia; así como en las cuestiones obscurísimas relativas á la vida de Colón antes de las capitulaciones de Santa Fe, corta demasiado fácilmente el nudo, pasando casi de largo por este período de la vida de su héroe, aunque algo se sabe de positivo más que lo que él dice, y sobre otras cosas, caben verosímiles conjeturas, de que no ha de prescindir tan en redondo el historiador que procure llegar á la verdad por todos los medios concedidos á la limitación del racional discurso.

Con la riquísima colección de Navarrete, publicada en 1825, se abre nuevo período en estos estudios, si bien ya los pocos documentos del

Códice Colombo-Americano habían suscitado algunos trabajos de dudoso valor y poca trascendencia, como el de Bossi en 1818, donde rebosa el odio más ciego contra España, unido á una tan crasa ignorancia de nuestras cosas, que le hace poner en Madrid la corte de los Reyes Católicos, y confundir el reino de Granada con el de Navarra.

Tales desafueros no eran posibles ya después de la *Colección de Viages y Descubrimientos*, á la cual empezaron á acudir, como á fuente purísima, cuantos querían saber á ciencia cierta lo que por tanto tiempo habían embrollado la fantasía y la calumnia. Dos escritores *yankees*, dotados los dos de singular talento de estilo, y de no menor entusiasmo por las cosas de España; historiadores *románticos* en el buen sentido de la palabra, esto es, discípulos de la escuela pintoresca de Thierry y de Barante, que ha vuelto á convertir la historia en una maravillosa obra de arte, fueron los primeros en explotar aquel tesoro, con el mismo ingenio y amenidad que antes y después aplicaron á la restauración de otros períodos de nuestra historia. Pero William Prescott sólo pudo tratar de las cosas de Colón por incidencia en algunos capítulos de su *History of Ferdinand and Isa-*

bella, obra tan sólida como deleitable; al paso que Washington Irving le dedicó un libro entero en su conocidísima *Life of Columbus*, á la cual puso término en Madrid, en 1827, siendo gallardamente traducida al castellano, en 1834, por D. José García Villalta, tan conocedor de la lengua inglesa como de la propia. Irving distaba mucho de valer como historiador lo que valía Prescott: no juntaba, como éste, la erudición al arte: era más bien un narrador poético, un historiador anovelado, en quien se reconoce siempre al autor de los *Cuentos de la Alhambra*. Su *Crónica de la Conquista de Granada*, por ejemplo, es una especie de libro de caballerías, histórico en su fundamento y en sus rasgos principales, pero lleno de pormenores fantásticos y de pura invención: obra, en suma, que parece un retoño póstumo de las *Guerras civiles* de Ginés Pérez de Hita ó de la crónica de Abulcacim Tarif Abentarique, parto de la fértil imaginativa del morisco Miguel de Luna. Pero la *Vida de Colón* es cosa muy distinta; y sin dejar de ser uno de los libros más agradables y de más fácil é interesante lectura que pueden encontrarse, es al mismo tiempo un trabajo histórico serio, en que el autor, conteniendo en razonables límites

la lozanía de su pluma, ha tenido el buen gusto de no añadir accesorios fabulosos á una realidad que por sí misma es más poética que cualquiera fábula. La novela estaba dada en los hechos mismos, y Washington Irving no tenía más que contarla, lo cual hizo de un modo superior á todo elogio, sacando el jugo á los documentos publicados por Navarrete, y concordándolos con las historias impresas y manuscritas, que disfrutó casi en su totalidad, puesto que Navarrete le ayudó generosamente con sus consejos y con sus libros, y tuvo además libre acceso á la Colección Muñoz y á otras particulares. Merece, pues, respeto la erudición de Irving, por más que no hiciera de ella ostentación y aparato, que hubiera sido impertinente en un libro popular, en una obra de arte; y así por esto, como por el buen juicio que generalmente muestra en las cuestiones dudosas, y por la singular belleza de su estilo descriptivo y narrativo, y por lo mucho que amó á España y contribuyó á hacer amables las cosas españolas, le debemos un dulce recuerdo y la justicia de reconocer que, tomada en conjunto su biografía de Colón, no ha sido superada todavía, y es la que principalmente debe recomendarse á los hombres de mundo y